

*Pregón*  
*de*  
*Semana Santa*

AÑO 1995

RAFAEL  
CARRASCO CAAMAÑO

Ilustrísimo Señor Alcalde.

Dignísima representación del Consejo de Hermandades.

Señoras, Señores, hermanos de esa única Hermandad, que quisiera formásemos hoy todos los aquí reunidos, y aquéllos a quienes lleguen mis palabras.

Agradezco profundamente la semblanza que del pregonero hizo la presentadora, hermosas palabras en labio de una mujer joven, con las que no dudo ha querido justificar el acierto de un Consejo al elegir el Pregonero; palabras que me conmueven y me hacen asumir una enorme responsabilidad; un orgullo personal que oculto en el fondo de mi alma: Gracias Mari Carmen.

Que la Santísima Virgen, luz y guía de este pregón, desde allá arriba de su ermita de Belén, me otorgue la gracia de transmitir el cariño y al amor que puse en mis palabras.

No puedo presentaros otra credencial, que la de haber entregado mi vida a mi profesión, a mi familia y al cultivo de esa delicada flor que es la amistad. Lamento no poseer el don de la poesía, ni siquiera el de la narrativa para poder cantaros las bellezas de nuestra ciudad y nuestra Semana Santa.

Pero no quisiera recurrir al tópico, de que no merezco esta designación; porque amo profundamente a mi tierra, la que me vio nacer, bajo la que yacen los restos mortales de mi madre, la que me posibilita vivir con sus gentes, vibrar con sus costumbres, sus tradiciones, su folklore, su cultura, su especial manera de ser y de sentir; soy de este pueblo por los cuatro costados, y me motiva especialmente hacer un Pregón de pueblo, de vivencias con reconocimiento al pasado, sumido en realidad del

presente y con ilusión sin límites de un futuro lleno de esperanza.

El destino quiso que fuese este templo, mudo testigo de mi pregón; aquí aprendí mis primeras oraciones, fuera en sus enseñanzas, que el tiempo fue puliendo, impregnándola de una sensibilidad que me hizo caminar por la vida, con el respeto a los demás, ofreciéndome hoy la posibilidad de poder levantar simbólicamente el telón de nuestra Semana Santa, la gran fiesta del mundo cristiano; nuestras calles se hacen caminos de penitencia para oír la saeta, que canta y a la vez llora, para vivir la Pasión cruenta de Cristo.

Es frase usual a medida que trascurren los años, que todo está dicho en el pregón; nada más lejos de la realidad, el pregón es exponente de una circunstancia histórica determinada, expresión y testimonio de las propias vivencias de cada pregonero tomadas unas veces desde fuera, y otras impregnadas de la experiencia íntima de quienes se entregaron a labrar y enriquecer el mosaico apasionante de una vida de Hermandad fecunda y cristiana.

Muchos nos fijamos en el triple aspecto, religioso, artístico y cofradiero de nuestra Semana Santa, no obstante hay otro que interesa destacar muy mucho, su aspecto popular, su entrañamiento con el pueblo, porque las procesiones tienen una especial significación; doctrina y enseñan que Cristo murió en la Cruz; por eso los cofrades han de ser reflejo de lo divino, el penitente ha de ser hermano de sus hermanos, llevando en su alma profundamente arraigado el sentido de la caridad.

Hay quienes aseguran que nuestra Semana Mayor, ya no responde a lo que era el perder parte de sus conte-

nidos y sus tradiciones: los que dudan, es porque no contemplan ese diálogo mudo del pueblo con sus imágenes, no se dan cuenta que cada año, vuelve a reproducirse el ¿diálogo? entre el Redentor y Pedro, o lo que es igual el continuo diálogo entre Dios y su pueblo fiel.

Aún cuando siempre trate de eludir las comparaciones, habré de recurrir a ellas, porque ahí quise cimentar el fondo de mi pregón; mis vivencias cofrades en el pasado, la responsabilidad como Hermano Mayor de una Cofradía en el presente, y como me gustaría que viviésemos desde las Hermandades, la Semana Santa en el futuro.

Valgan estas últimas líneas, sólo para que hilvanando testimonios y vivencias, podamos juntos seguir mi exposición en el tiempo.

Amado pueblo de Palma  
mi alegre cuna, mi dulce hogar  
a tus encantos y tus bellezas  
van los acentos de mi cantar.

De aquellos años de niñez, tengo tal vez los más entrañables recuerdos de la Semana Santa, el ambiente familiar, las horas vividas en ese Hospital en torno a la figura del Nazareno, la convivencia con personas con verdadera devoción a las imágenes, el compartir la celebración de los cultos con la congregación; en definitiva, vivir los inicios de la Pasión, para entrar con ello en nuestra Semana Santa, con el más puro sentido religioso.

Cómo olvidar el lavatorio en la tarde del Jueves Santo, la solemnidad de los Santos Oficios, el esplendor de los Monumentos, las visitas al Santísimo, de manera especial al de Santa Clara. Aquellas monjitas, ángeles

del Señor, desde el coro de su clausura entonando cánticos celestiales, nos sumían de lleno en su amor a Cristo, los oficios del Sábado Santo con la bendición del cirio pascual con los sacerdotes inclinado ante el Altar, las imágenes en sus tronos para ser visitadas antes de su desfile procesional, las horas de vigilia de la Adoración Nocturna: todo ello creaba un ambiente de recogimiento que no era sino el preludio de la gran fiesta que se avecinaba al mundo cristiano; el Quinario a Jesús Nazareno, el septenario a la Santísima Virgen de los Dolores, daban paso al Domingo de Ramos, con la Procesión de las palmas.

Por aquel entonces, sólo dos Hermandades cubrían su desfile procesional; la de Jesús Nazareno, de su capilla del Hospital y el Santo Entierro de Cristo, de la Iglesia de San Francisco: de ambas guardo un recuerdo imborrable.

Aquella madrugada del Viernes Santo, en los instantes que procedían a la salida; aquella voz cansada, Patriarcal del que fuera Presbítero D. José Rodríguez, aquellas palabras, Silencio hermanos, Silencio... una pausa para continuar su breve homilía que iniciaba siempre así, Nazarenos de Jesús... palabras que hacía coincidir con las cinco campanas del reloj, mientras un hermano Penitente con brazo rudo y potente, con amor y sin enojo descorre raudo el cerrojo que da paso al Nazareno.

El Cristo asoma a la puerta, marcha despacio, vuelve la esquina, cuando la Santísima Virgen de la Piedad, está enmarcada en el pórtico de la Iglesia, se inicia el desfile procesional de la Hermandad del Silencio, de la que fuera Hermano Mayor, el eminente tenor del Conservatorio de Madrid, Ángel Angulo Colomina; con él,

tantos y tantos hermanos que hicieron posible que la Hermandad perpetuase hasta nuestros días: Pepe Castellanos, Francisco Montero, Juan Pinazo, Francisco Montero, Juan Muñoz, Antonio Moya; gentes de gran corazón, inquietos, que fueron alma y vida de la Hermandad.

Los pasos a hombros de los «faeneros», hombres que curtidos en duras faenas, portaban las imágenes: Cervando, el Rubio, Casitas y otros muchos que a lo largo del recorrido, se sacrificaban a base de «latigazos» como única retribución a su trabajo.

No podía faltar por aquel entonces, el gitano que a voces rezara desde el balcón, abriendo la garganta al aire de la noche, la voz desgarrada, apoyado en el herraje, en mangas de camisa, al que siempre acompañaba la figura ya legendaria de quien fue ferviente amante de nuestras costumbres populares, Antonio Delgado Viro.

Ya pasa el Cristo, parece que va a caer por tierra, doblado por el peso de cruz; nos invita a llorar junto a Él nuestros pecados, a llevar a cabo el firme propósito de no ofenderle jamás, mientras sostiene inamovible el peso de la Cruz tremenda de su dolor. Tras el Cristo siempre la Virgen; Él, delante, ella, detrás, mientras Él gana gracia con su sangre, Ella la distribuye con sus manos de mediadora; la más bella, la más santa de las mujeres, la que es bendita entre todas, porque además de mujer, es madre.

Sin querer despertar lo que al narraros me parece un sueño; escucho en silencio, y es como si los hermanos de vara de la Hermandad, despertasen las estrellas dormidas al contacto con el adoquinado de las calles, oigo el chisporroteo de los cirios y el gotear de la cera, recuerdo

el ruido suave como caricias de los penitentes descalzos, sobre el suelo pulido y frío; sin querer despertar, abro los ojos y los oídos del alma, escuchando el crujido de la madera de un Cristo, que se bambolea por su pesada Cruz; la imagen de la Piedad Dolorosa de candelero, que ha roto a llorar, mientras San Juan quiere consolarla: de nuevo la saeta rompe la noche a una multitud emocionada que casi musitando invita al silencio, callad, callad que pasa el Nazareno.

Con las primeras horas del amanecer, el desfile procesional vuelve a su Templo, un enorme gentío se congrega en torno a la entrada, atento a los acordes del Himno Nacional, una imagen impresa en mi memoria: aquellas personas de gran corazón, Antonio Pulido, Juanito Galipa, José Almenara, posiblemente no asiduos a la Iglesia, pero que con fe y profundo sentir, pujaban una y otra vez para que el Hijo de Dios, con el peso de la Cruz y la Madre tras Él, no se perdiesen en la soledad del Templo.

Y ya en la tarde gris del Viernes Santo, el Cristo Yacente recorre en silencio las calles de la ciudad: cortejo que abre la Cruz con el Sudario de Cristo, Nuestra Señora de los Ángeles y tras el Santo Sepulcro, la imagen Dolorosa del último adiós a su Hijo, Vírgenes que parecían llorar y reír al mismo tiempo, al mirarla sentía que sus ojos lloraban conmigo, sus sonrisas consolaban y alegraban mis lágrimas, desfile procesional al que acompañaba un pueblo compartiendo su dolor, impaciente ante el amanecer del día hermoso de la Resurrección, la mujer con su mantilla, los caballeros de negro, militares jubilados luciendo condecoraciones en su uniforme, la Guardia Civil descubierta, el Sacerdote y con él las Au-

toridades, cerraban el cortejo. Hermandad austera con la que se ponía fin a aquella Semana Santa, Hermandad que tuvo serias dificultades para subsistir, Antonio Uceda, Delfín Lopera, Manolo Fuentes, Francisco Caro, que lo fueron todo, tardaron en encontrar el relevo necesario, hasta que un grupo de jóvenes con ilusión y entrega cogieron la antorcha, para alcanzar las más elevadas cotas de esplendor, y traer la Hermandad hasta nuestros días.

Hasta aquí mi relato de aquella vieja Semana Santa, sobre la que con vosotros quiero reflexionar, no es fácil que uno pueda olvidar en sus adentros, pasajes de su niñez que tuvieron un profundo arraigo. Si la fuerza de la fe, la ves potenciada con la solemnidad de unos actos que el pueblo siente, que rememoran un acontecimiento religioso, como la Pasión, Muerte y resurrección de Jesús, presumes que cualquier tiempo pasado fue mejor. La añoranza, la nostalgia, aquellos valores en los que creistes firmemente y te resistes a permutar, los debates con un profundo respeto al pasado, con la valoración religiosa de la formación que recibisteis, detectando la necesidad imperiosa de creer en algo que escapa a lo puramente material. La solidaridad aparcada, el compartir con los demás, el apostolado, la evangelización, hacen que en el seno de las Hermandades, semilleros que fueron siempre de buenos Cristianos, tienen la obligación de recuperar el fin primordial para el que nacieron, convirtiéndose en uno de los más firmes pilares de la Iglesia.

Ser fieles a la doctrina de Cristo, vivir sus pasajes como nos lo narran los evangelios, no permitirán que, al igual que cuando uno al nacer llora, mientras los demás ríen, al morir uno ría mientras los demás lloran.

toridades, cerraban el cortejo. Hermandad austera con la que se ponía fin a aquella Semana Santa, Hermandad que tuvo serias dificultades para subsistir, Antonio Uceda, Delfín Lopera, Manolo Fuentes, Francisco Caro, que lo fueron todo, tardaron en encontrar el relevo necesario, hasta que un grupo de jóvenes con ilusión y entrega cogieron la antorcha, para alcanzar las más elevadas cotas de esplendor, y traer la Hermandad hasta nuestros días.

Hasta aquí mi relato de aquella vieja Semana Santa, sobre la que con vosotros quiero reflexionar, no es fácil que uno pueda olvidar en sus adentros, pasajes de su niñez que tuvieron un profundo arraigo. Si la fuerza de la fe, la ves potenciada con la solemnidad de unos actos que el pueblo siente, que rememoran un acontecimiento religioso, como la Pasión, Muerte y resurrección de Jesús, presumes que cualquier tiempo pasado fue mejor. La añoranza, la nostalgia, aquellos valores en los que creistes firmemente y te resistes a permutar, los debates con un profundo respeto al pasado, con la valoración religiosa de la formación que recibisteis, detectando la necesidad imperiosa de creer en algo que escapa a lo puramente material. La solidaridad aparcada, el compartir con los demás, el apostolado, la evangelización, hacen que en el seno de las Hermandades, semilleros que fueron siempre de buenos Cristianos, tienen la obligación de recuperar el fin primordial para el que nacieron, convirtiéndose en uno de los más firmes pilares de la Iglesia.

Ser fieles a la doctrina de Cristo, vivir sus pasajes como nos lo narran los evangelios, no permitirán que, al igual que cuando uno al nacer llora, mientras los demás ríen, al morir uno ría mientras los demás lloran.

Cuando ya próxima la expiración del invierno asoma floreciente la primavera, sus ecos de tambores y trompetas, no son sino el presagio de la gran fiesta.

Entre palmas y hosannas se abre la puerta de la Semana Santa, Cristo entregado, condenado a muerte, lleno de burlas, azotado y crucificado para el tercer día resucitar.

Las grandes cosas, los misterios profundos quiso Dios descubrirlos ante la gente sencilla, así aún no se comprende el misterio, si poco dicen estas imágenes en las calles, ni la oración de esas gentes, si sólo se contempla el espectáculo, si todo se queda en la fiesta, habrá que pensar que aún queda mucho por andar para que el gozo de la sencillez, en el que viven los hombres que creen en Dios, sea un logro.

El hombre de fe, al llevar viva la imagen de Dios en su propia vida, trasciende a lo material, pasa de lo inmediato y no se detiene en la imagen, sino que a través de ella llega a la memoria del Señor, vivo y resucitado.

Así es nuestra fe, cultura y fiesta, esplendor y belleza, pero tanta hermosura estaría muerta si la fe, no inundase nuestras vidas.

Nuestra Semana Santa, es una especie de consorcio de lo humano con lo Divino, del dolor con la alegría, del amor con el sueño, de la vida con la muerte, sólo se entiende cuando pasas y contemplas un cofrade solitario ante el paso de un Cristo o de su Virgen, en mudo diálogo donde sobra la palabra, basta su mirada o su lágrima, contemplando la espalda o el hombro desnudo de un costalero, los pies de un penitente que durante horas soportó el peso de una Cruz, implorando un fervor, o rindiendo tributo de gratitud a una gracia recibida.

Y nos adentramos ya en la gran fiesta con el Domingo de Pasión, día dedicado a Dios, el Santísimo Cristo de la Salud viene de su Parroquia de la Inmaculada Concepción a la de San Francisco, de la que será su Huésped de Honor. De entre un bosque de naranjitos que se extienden entre los pagos de la Graja, Pedro Díaz y El Paguillo, los huertanos se disputan el llevar sobre sus hombros al Santísimo Cristo de la Salud.

Al declinar la tarde en su esplendor, el cielo se entolda y la luz del día se esfuma en la oscuridad, mientras un sacerdote entona las estaciones del Vía Crucis, hasta adentrarse el Crucificado en el atrio de la Iglesia.

El Domingo de Ramos estando Jesús, ya próximo a Jerusalén mandó a dos de sus discípulos a la aldea y les dijo: «Id y encontraréis una borrica atada y un pollino, soltádla y traédmela». Los discípulos pusieron los mantos sobre él y encima de ellos montó Jesús. La numerosísima muchedumbre, extendía sus mantos sobre el camino, mientras otros cortando ramas de árboles lo alfombraban. La multitud que le presidía y que le seguía gritaba diciendo: «Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en Nombre del Señor, hosanna en la alturas. Al entrar en Jerusalén toda la ciudad se conmovió y decía: ¿Quién es éste? y la muchedumbre le respondía: «Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea». Representación de ese pasaje Bíblico es la popular procesión de la Borriquita, con ella los más jóvenes se inician en el mundo Cofrade.

La más reciente de nuestras Cofradías, la del Santísimo Cristo de las Aguas, recorre el Lunes Santo las calles de nuestra ciudad, en Vía Crucis, representaciones de todas las Hermandades, acompañan al Cristo Crucifica-

do en el más profundo silencio, mientras sus hermanos hacen las distintas estaciones de penitencia. Es tal vez el desfile procesional que nos invita de lleno por su recogimiento, a vivir con intensidad los pasajes de la Pasión. La fuerza de la Fe, en un colectivo de jóvenes Cofrades, nos contagia sumiéndonos en la esperanza de la Resurrección.

De un pasado todavía reciente, irrumpe con fuerza nuestra Semana Santa, la Hermandad del Señor Orando en el Huerto, Nuestro Padre Jesús Cautivo y María Santísima de Palma y Esperanza. Aquella persona entrañable, todo tesón que de la nada situó su Cofradía, por su entusiasmo e innovaciones, a la cabeza de Nuestra Semana Mayor, naturalmente me refiero a Manolo «El Novio» como popular y cariñosamente le conocíamos en el mundo Cofrade. Su Jesús Cautivo, portado por tantas mujeres, le redimiría de sus faltas si las hubiere, y otorgándole en el cielo, el lugar que por méritos propios se había labrado en la tierra.

Adentrándonos en la Gran Fiesta, el Miércoles Santo, el Santísimo Cristo de la Salud y María Santísima de la Concepción. Hermandad fundada hacia 1960, por un grupo numeroso de hortelanos con la colaboración de su Párroco D. Rafael Flores. Entre naranjos y flor, lirios y claveles rojos Jesús, hace su itinerario en compañía de su Madre, sus lágrimas de tanto llorar la muerte de su Hijo, enseñaron a llorar a la humanidad entera.

Tarde del Jueves Santo: El Santísimo Cristo de la Expiración y María Santísima de los Dolores en nuestras calles en esa tarde del hermoso día del amor fraterno. Hermandad seria que nace de un grupo de jóvenes, cuya humildad y sencillez casi insultante, unificando crite-

rios y aunando voluntades, permitieron a Manolo Aguilar conducir la Hermandad con la Fe que él les inculcó. Un Dios martirizado y una Madre dolorida irán dejando jirones de penas en los rincones de sus calles y en los forjados hierros de sus balcones.

Las pesadas parihuelas construidas con el dolor de las renunciadas y las humillaciones de sus hermanos, la canastilla labrada sobre la madera de la comprensión y la caridad, el monte formado por nuestras promesas rotas, permite que de entre ello florezcan los rojos claveles de nuestro arrepentimiento y los morados lirios de la aceptada penitencia. Sobre la peana construida con la pureza de intenciones de sus hermanos, va María, la Madre de Jesús, la de las Bodas de Caná, la Mediadora, la que al pie de la Cruz recibe el testamento de su Hijo.

Las cinco campanadas de la madrugada del Viernes Santo, la tradición mantenida, la continuidad de unos Cofrades en el correr de los tiempos, la devoción a una imagen que impresiona dentro y fuera de la Capilla, la culminación y síntesis de la Semana Santa, todo se hará oración y espíritu, nos sumirá en profunda meditación, mientras la noche irá repitiendo su más elevada prueba de amor y penitencia al desfilar ejemplar e impresionante la Cofradía del Silencio.

Ay, Nazareno...  
quisiera ser saetero  
para hacerte una saeta  
y en ello mandarte entero  
mi corazón de poeta.

Un año más en la tarde del Viernes Santo, sentire-

mos el escalofrío que pone en nuestra sangre el peso del Santo Entierro de Cristo.

¡Qué pena más desnuda viene cruzando la calle! tras Él viene llorando más, mucho más, la Madre Dolorosa, alguna mano amiga, nos coge del brazo que oprime con emoción incontenible. Cofrade nos está llorando la fibra más sensible de nuestro corazón, ante la incapacidad de consolar, su dolor inconsolable.

Al ver como llevan en triunfo, sobre ese paso a la Madre de Dios, viene a mi memoria una ejemplar Cofrade, nuestra hermana Araceli, los valientes costaleros, una y otra vez quieren elevar la Imagen Dolorosa, para con ella compartir su gozo en el Cielo.

No puedo resistir a mi frustrada vocación de poeta, sin intercalar estrofas de unos versos a un Cristo o a una Virgen que me cautivaron, y cuyo contenido y exquisita calidad comparto.

Ojalá mi voz aglutine el sentimiento que emana desde el fondo de tu alma, para juntos decirla:

Como Tú, ninguna. .  
Porque tú eres la bandera  
del candor y la ternura  
en el mástil de esta tierra  
rincón de amor y ventura.  
Y eres su calle de cielo  
y eres su plaza escondida  
y eres cristal de sus fuentes  
y eres luz de sus esquinas.  
Y eres flor de mis jardines  
y eres venda de su herida  
y eres su escudo de gloria

y eres sangre de su vida  
y eres árbol de su sombra  
y eres rosa de su espina  
y eres ala de su vuelo  
y eres campana en su arista.  
Y eres perfume en su ambiente  
y eres calor de sus días  
y eres copla en sus sentires  
y eres su faro y su guía.  
Por eso Reinas, habrá  
pero como Tú, ninguna.

Quiero que sepáis y no olvidéis, que la evocación de cualquier imagen o Hermandad, no será alusión concreta a ella, sólo existirá el Cristo y la Virgen de la devoción particular de cada uno, una voz que cante y un corazón que sienta.

De aquella Vieja Semana Santa que intenté narraros con amor, sin ocultar mi añoranza, quedó en mí un profundo sentimiento religioso que aún prevalece, nada borraría de ella, ni tampoco de la actual en la que resurge con fuerza mayoritariamente el mundo del Costalero.

Para mí, es el auténtico Cofrade de la Semana Santa, sobre sus hombros recae todo el peso de la Gloria y el ritmo de las Procesiones, merecen quitar de su cabeza el recio y áspero costal y colocar en su lugar una corona de laurel, recio, humilde en alpargatas blancas y mangas de camisa, aún en la penumbra de la Iglesia, coloca el costal sobre su cabeza, para que sobre él descansa el pesado trono, horas de esfuerzo bajo el paso en aquella estrechez llena de tinieblas, de sudor y de sofoco. Tus compañeros alineados bajo las trabajaderas, no te permitirán un paso,

hasta que tu hermano costalero lo haya dado, dejando espacio para avanzar tus pies.

Costalero, arriba, todo el lujo de la Procesión, los claveles, los cirios, las jarras de plata, la filigrana de los varaes, la pedrería sobre el pecho de la Virgen, y abajo vosotros polvorientos, sudorosos, en tinieblas, llevando sobre vuestros hombros el peso de la Gloria.

Vosotros aportáis el ritmo que da vida a los Cristos y a las Vírgenes en su caminar parece como si lo material del paso transmitiérais ese correr de vuestra sangre, vuestras vibraciones, vuestro aliento, vuestros latidos y pulsaciones.

Cuando la Virgen tiene un caminar humano, el eco del paso del costalero, cuando se cimbran los varaes, lo hacen al ritmo de los nervios que suben a ellos desde los costaleros, cuando se agitan las llamas de los cirios, parecen las llamas vivas de sus corazones, y cuando se deshojan y marchitan los claveles, parece que se mustian por el cansancio humano de los pobres costaleros. Cada paso lento de los costaleros, dé al Cristo un ritmo lento de agonía, en el que sube y baja su pecho acompasado con los extertores de su última expiración.

Me imagino al costalero llamando a las puertas del Cielo, con mano encallecida y sudorosa, y como trofeo de gloria, ese saco, ese costal, que se colocara un día allá en la penumbra de una Iglesia.

¡Costalero, es de tu carne y tu mano, hacerle a Dios un Sendero! y en su deambular por las calles del Cielo, encontrándose cara a cara con Ella, exclamo...

¿No me conoces, Señora?  
Yo fuí tu costalero.

Por tí, soy costalero.  
Por tí, porque te quiero.  
Por Amor.

Imaginaos la muchedumbre como un mar y el paso como un barco a la deriva, donde va una Reina o donde muere un Cristo, el capataz es el práctico certero por las calles estrechas y las esquinas difíciles.

Los costaleros en las tinieblas de sus trabajaderas, no ven por donde van, sus ojos son el capataz que va delante, capataz y costalero hacen un rito, una liturgia propia en la entrada y salida de los pasos, a veces la puerta es estrecha y baja, el paso grande y esbelto, los costaleros son ciegos, pero delante va su capataz.

Por la oscuridad del templo, viene cruzando hacia la embocadura, lento y pesado, encendidos los cirios, el capataz delante, la multitud ha hecho un profundo silencio para oír las órdenes litúrgicas que va a dar en voz alta el capataz, es el rito de la salida, cuando todo el paso está fuera, estalla jubiloso el Himno Nacional, la multitud aplaude y echa Viva a la Virgen, apoya su cabeza en el paso, y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, llora de devoción y de triunfo por la Virgen, mientras la multitud aplaude y piropea a esa Madre Dolorosa que sonrío entre sus lágrimas.

Capataz.-

Lleva despacio a Jesús  
que va muerto de Amor  
sobre el árbol de la Cruz.  
Que no lo roce ni el aire  
que se mece por las ramas

porque puede dilatarse  
el manantial de sus llagas.  
Ni la ráfaga de luz  
con su tacto de azahar  
ni el suspiro del naranjo  
cuando vayas a llamar.  
Ni el clavel de la ventana  
ni el geranio del balcón  
ni el cuchillo de la noche  
ni el reflejo del farol.  
Ni la música siquiera  
de la saeta que canta  
ni el Padre Nuestro que vibra  
en la sedienta garganta.  
Ni el mercurio del lucero  
ni el azoque de la estrella  
ni el trepitar tan siquiera  
del pisar del costalero.  
Capataz.-  
Que no rocen a Jesús.  
Ni el hálito del candor  
ni el pétalo de la brisa  
¡qué va muerto por Amor!

Fue a grandes rasgos, mi exposición de aquella vieja  
Semana Santa, en el correr de los tiempos y de la que hoy  
compartimos la mayoría del mundo cristiano.

Quise sobre todo transmitir unas vivencias, cons-  
ciente de que para transmitir hay que amar, vivir y sen-  
tir lo que se dice.

Comparto con otros muchos, que lo externo de la  
Semana Santa, con ser mucho, es lo de menos, estoy

convencido aunque resulta una paradoja, que en estas manifestaciones externas, es donde real y verdaderamente la procesión va por dentro.

Admito que lo narrado es historia y la historia hay que conservarla y transmitirla, pero no poco hemos de corregir si queremos recuperar la religiosidad popular.

Las Hermandades y cofradías deberán recuperar su sentido de apostolado y no preocuparse sólo de la celebración de estos actos, evangelizar profundizando en la fe, dejando a un lado el boato, vivir en su seno los fines para los que nace: el culto a sus titulares, la convivencia como hermanos y abordar en toda su dimensión la lucha contra los problemas sociales, desestimar las cofradías como ejemplos de belleza, donde sólo se lucha por tener la mejor corona y el más bello manto.

La participación de las cofradías en la Cuaresma, es un largo período que abarca desde el siglo XVIII hasta los años cincuenta de nuestro siglo.

Las cofradías se desenvolvían en una sociedad de costumbres auténticamente cristiana, hoy por el contrario las cofradías viven en una sociedad secularizada y paganizada.

Años atrás, con la llegada del miércoles de ceniza, la vida de la sociedad variaba por completo, comenzaban la vigilia y los ayunos, cesaban los espectáculos, gozando los cultos de masiva asistencia.

Con la llegada de las reformas litúrgicas, primero de Pío XII y después del Concilio Vaticano II, las Hermandades revitalizaron su fidelidad a las Normas de la Iglesia.

Nuestros propios obispos, afirman que las cofradías constituyen el hecho asociativo que cuenta con mayor número de miembros.

Es evidente que existe una contradicción entre la secularización social de una parte, y el incremento de las cofradías por otra, esto hace, que se convoquen a éstas, que son asociaciones de fieles cristianos para que colaboren en la recristianización de la sociedad.

La influencia de jóvenes, en esta última década, a veces carente de una cierta formación religiosa, constituyen el mejor momento para que reciban una catequesis, una explicación de la recta conducta cristiana, un impulso para llevar una vida conforme a los Evangelios sirviendo a su vez, para que aquéllos con mayor formación se afiancen en sus convicciones religiosas.

Las Jerarquías de la Iglesia, abrigan la esperanza de que Hermandades y cofradías, sean cada vez más, cauces por el que muchos católicos alimenten su vida espiritual.

En medio de este mercado cultural, que es la sociedad pluralista de fines de siglo, se está dando la fuerte pujanza del fenómeno de las cofradías, hoy representan el movimiento de laicos más fuerte y potente de la Iglesia en Andalucía, ello obliga al Magisterio de los Obispos a reconsiderar las grandes líneas de la renovación Pastoral de nuestras Hermandades.

Me atrevería a hacer un llamamiento, si queréis angustioso, a los sacerdotes diocesanos, para que concedan a las cofradías parte de su vida sacerdotal, en la seguridad de que prestan un gran servicio a la Iglesia.

Las Hermandades precisan de quienes sepan pastorear el rebaño, abogo al Nazareno para que envíe obreros a su miés, porque la tierra es buena y sólo espera y desea que la cultive con esmero.

Las cofradías deben clarificar su posición con la Igle-

sia, nacen de su propio seno y deben abordar las mismas obras, de ahí el reto que nos hemos de plantear en un futuro inmediato.

Hay un arte, para hacer la procesión, pero también hay un arte para verlas, el arte de hacer la procesión es privativo de los cofrades, el arte de verlas es patrimonio del pueblo, ambas son una misma cosa y ambas confluyen en la feliz comunión de creencia y esperanza, en esa breve pero gigantesca palabra que es la fe, me maravilla el considerar como la fe de un pueblo sencillo, de ingenio despierto y Corazón sin doblez, es capaz en su fantasía humanizar lo insensible, para hacer más real la reencarnación de los misterios de la Pasión.

Echaros a la calle, fundiros con vuestra Iglesia, con toda vuestra fe, no vayais a ver la Semana Santa sino a vivirla apasionadamente, ofrece a Dios tu propio sacrificio, tu silencio, tu cansancio y ruega al Señor por los que no se sacrifican y tu hermano costalero, dile también al Señor bajo el crucifijo de las trabajaderas, que quieres ofrecer tu sudor y tu esfuerzo para participar en la plegaria de tu pueblo.

Los pueblos más alegres expresan mejor la tristeza y el dolor de la Pasión y Muerte de Cristo, no hagamos de las procesiones un simple recuerdo de algo que pasó hace muchos años, procuremos vivir los pasajes evangélicos para después gozar con la gloria de la resurrección.

Arrodillo mi alma de pregonero, ante nuestras veneradas imágenes para invocar que las cofradías no sean un mundo aparte que vivan de espalda a las realidades de la Iglesia.

Ojalá, sea una realidad manifiesta, la unidad entre todos los fieles y asociaciones de la Iglesia, y juntos,

unidos celebremos el resonar a gloria de las campanas,  
porque

¡Cristo ha Resucitado!

No quiero terminar sin expresar mi gratitud, a quienes hicieron posible mi enorme gozo de ser pregonero de nuestra Semana Santa, al Consejo de Hermandades, por mi designación intenté no defraudarles pudo tener este Pregón mayor o menor calidad, pude estar más o menos acertado en su exposición, pero mi gozo sería inmenso si habéis detectado que lo hice con amor, gracias Sr. Alcalde, por el apoyo de la Corporación que preside a este acto y como no por su presencia que solemniza el Pregón, gracias a esta banda que con sus marchas nos sume de lleno en desfiles procesionales, que rememoran la Pasión de Jesús, pero de manera especial a vosotros, atentos y respetuosos con mi persona, sin cuya presencia este acto hubiese carecido de relevancia.

Gracias de todo corazón, a todos los que ví, a los que no ví pero que estuvieron, y a los que no pude ver, porque ya no estaban.

Permitidme como Pregonero, hacer el ofrecimiento de mi Pregón, sólo quise hacer mención en él, de aquellas personas que vinculé a mi Semana Santa tristemente desaparecidas, omití otras muchas, porque tal vez al intentar citar a todas, el olvido hubiese herido susceptibilidades, pero no puedo silenciar porque no concibo una Semana Santa sin quien lo fue todo por y para ella, mi padre, para tí, mi pregón.

A su devoción mariana unió su auténtica devoción de cofrade, cuando la voluntad de Dios quiso privarme

de su presencia, la madrugada del Viernes Santo, sin su Piedad Dolorosa, y su Cristo Nazareno la procesión del Silencio, no me permitía encontrar el sentido familiar, paternal de tantas veces.

Cuando a sus muchos años, desde el lecho del dolor, donde se aferra a la vida con la entereza y la casta de un hombre de bien, entre momentos de lucidez y fases de obnubilación cuando su aliento es sólo un hilo de esperanza, desgarrando las fibras de mi corazón aflora un sentimiento.

¡Padre, no me abandones!